

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

PARALELOS TEOLÓGICOS EN LOS PRÓLOGOS DE LA PRIMERA EPÍSTOLA Y EL EVANGELIO DE JUAN EN SU CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DEL *LOGOS*



Dr. Antonio Josué Miranda

Profesor adjunto en el Southwestern Baptist Theological Seminary
Fort Worth, Texas, Estados Unidos
Pastor de la Primera Iglesia Bautista de Austin, Texas
ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-8182-8172>
drtonymiranda@gmail.com

Resumen

En este artículo, el autor analiza las conexiones profundas entre los prólogos de estos escritos joánicos, destacando la concepción teológica del Logos y su significado para la teología cristiana. Su análisis detallado nos ayuda a apreciar la riqueza y profundidad de la doctrina del *Logos* y su relevancia continua para nuestra comprensión de Cristo y de la revelación divina.

Palabras clave

Evangelio de Juan, Primera epístola de Juan, Logos, Paralelos teológicos

Introducción

Este ensayo explora las conexiones teológicas entre los prólogos del evangelio de Juan (de aquí en adelante, Evangelio) y la primera epístola de Juan (de aquí en adelante, Epístola). La atención se centra en la intro-

ducción de Jesús como el *Logos* (Λογος) y sus descripciones como «la Palabra era con Dios» (ὁ Λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν), y la «Palabra de vida» (Λόγου τῆς ζωῆς), respectivamente, especialmente en las similitudes encontradas en ambos prólogos con énfasis en el abordaje cristológico de estos escritos.¹

1 *Logos* es la transliteración del término griego que significa «palabra», «discurso» o «mensaje». «El uso de Logos en el Evangelio de Juan 1:1, 14 ha sido el foco de mucha investigación académica, dando lugar a tanta literatura y debate como ninguna otra palabra que aparece en la Biblia». Green, J. B., S. McKnight y I. H. Marshall (1992, pp. 481-484).



Así como en el Evangelio, el prólogo de la Epístola presenta a Jesús como el verdadero Dios vivo, cohabitando y preexistiendo con el Padre desde «el principio» (ἐν ἀρχῇ) (Yarbrough, 2008, p. 34). De forma general, la mayor distinción entre ambos prefacios es que la Epístola introduce el *Logos* (la Palabra de vida) para instar a la comunidad cristiana a no dejarse descarriar por aquellos que se han apartado de la fe y para asegurarles que están en la verdad, y que deben de ser fieles testigos del *Logos* (Kruse, 2000, p. 51). Por su parte, el Evangelio emplea el *Logos* (la Palabra de Dios) para presentar a Jesús con todos los atributos de la divinidad, al ser la más grande revelación de Dios (Strauss, 2007, p. 304).

La afinidad teológica en ambos prólogos al presentar a Jesús como el *Logos* construye uno de los argumentos más persuasivos a partir de la evidencia interna en ambos escritos para sugerir la misma autoría (McCready, 2005, p. 155). Aunque la composición y el análisis del discurso de ambos textos es un punto vital de discusión al comparar la similitud entre argumentos teológicos en la literatura juanina, el alcance de este ensayo se limita a explorar los puntos de conexión teológica con respecto a la concepción del *Logos* entre ambos escritos.

El *Logos* «en» y «desde» el principio

La primera conexión de alta cristología en ambos prólogos es la mención inmediata

de «el principio» como punto de referencia para la preexistencia del *Logos* (Jones, 2009, p. 17). La concepción del *Logos* abre el prólogo del Evangelio con una fuerte afirmación de que Jesús es completa y verdaderamente divino, lo cual es un tema teológico esencial de la identidad de Cristo que es recurrente a lo largo del escrito (Craig, 2003, p. 333). La misma idea se describe en la Epístola, que tiene la conexión que ubica al *Logos* «desde el principio» (Kruse, 2000, p. 51). En las cartas de Juan, esta expresión aparece diez veces en diversos contextos (1 Jn. 1:1; 2:7, 13, 14, 24 [2x]; 3:8, 11; 2 Jn. 1:5-6).² De todas estas referencias, la que se acerca mayormente a la concepción de «en el principio» en el Evangelio, no es 1 Juan 1:1, sino 1 Juan 2:13-14. En este texto, se hace referencia a Cristo como alguien que está desde el principio con Dios, que es la misma concepción teológica que se presenta en el Evangelio (Kruse, 2000, p. 51). Además, al afirmar que el *Logos* está «en» (ἐν) y «desde» (ἀπό), el principio, respectivamente, brinda una comprensión implícita de que Él es tanto personal como preexistente. Ambos escritos presentan al *Logos* que está «en el principio» y por tanto activo en la creación, pero como alguien no creado por Dios. Además, en ambos textos, tanto la Palabra de Dios (Jn. 1:1), como la Palabra de Vida (1 Jn. 1:1),

2 A menos que se especifique lo contrario, todas las referencias bíblicas son de la versión Reina-Valera 1960.

el *Logos* es intrínseco a la identidad y unicidad de Dios; sin embargo, al mismo tiempo, el Verbo se puede distinguir de Dios ya que expresan que está con Él (Bauckham, 2007, p. 241).

Sin embargo, aunque existe una superposición significativa en la concepción de alta cristología entre los dos prólogos juaninos, también existen diferencias, por ejemplo, la Epístola omite algunas menciones notables en el prólogo observadas en el Evangelio. Algunas de estas omisiones incluyen: la ausencia de Juan el Bautista (Jn. 1:6-8, 15), el rechazo de Jesús por parte de lo suyo (Jn. 1:10-11), la gloria manifestada en Jesús como el unigénito del Padre (Jn. 1:14), las virtudes divinas del *Logos* como su plenitud en gracia y verdad, y el cumplimiento de Jesús en relación con la Ley mosaica (Jn. 1:17) (Smith, 1991, p. 38). Notoriamente, esto se explica por dos razones principales: 1) El prólogo del Evangelio es más extenso que el de la Epístola, y 2) El evangelista presenta en su prólogo a Cristo para definir Sus señales y Su identidad como el Mesías, el cual es un propósito distinto de la Epístola, al menos en su forma narrativa (Klink, 2016, p. 87).

De esta manera, en el Evangelio se refiere a Jesús como el *Logos* de Dios, y se asigna un conjunto completo de atributos de la divinidad. En la Epístola, por su parte, la mención del «principio» es evidencia suficiente para

designar el *Logos* de la vida con el mismo marco de atributos divinos asignados al *Logos* en el Evangelio. Sin embargo, algunos eruditos sostienen que, si bien está claro que «el principio» en el Evangelio hace eco del «principio» en el relato de la creación del Génesis, la declaración inicial «que era desde el principio» en la Epístola no tiene la misma claridad con respecto a el tiempo al que puede referirse este comienzo (Morris, 1965, p. 65).

Robert Yarbrough (2008, p. 33) aborda el complejo contexto, y a su vez desconocido, en el que está escrito el prólogo de la Epístola, que va más allá de una única interpretación a cuatro escenarios posibles de lo que podría significar «desde el principio». El primero es «el principio» (1 Jn. 1:1), que señala el tiempo de la existencia encarnada o de la preexistencia de Cristo en la eternidad pasada. La segunda coyuntura temporal se refiere a la era en la que los testigos tal como el escritor de 1 Juan, al entrar en contacto físico con Jesús. El tercer momento es en que Juan escribe la epístola, y el cuarto, es el tiempo en que se leyó la carta en la comunidad juanina, y aun posiblemente se respondió al escritor (1 Jn. 1:4).

En relación con el comienzo del Evangelio, la Epístola asume que «desde el principio» se refiere al horizonte de la eternidad pasada (Yarbrough, 2008, p. 34). Esta interpretación ofrece un mayor sentido al

testimonio del testigo ocular que proclama que el *Logos* –quien es tanto eterno como trascendente– ahora se ha vuelto palpablemente inmanente. En otras palabras, la Epístola afirma la encarnación basándose en las palabras «lo que era desde el principio» al conceptualizar al *Logos* como lo hace el Evangelio. Además, esta interpretación está respaldada por la frecuente mención en la LXX –que era la traducción de la Escritura hebrea empleada en el primer siglo– en la que la fórmula «desde el principio» (ἀπ’ ἀρχῆς) se refiere a lo que se remonta hasta el inicio o aun antes del tiempo (Sab. 6:22: 9:8; Sir. 16: 26; Is. 43:13), al dar un entendimiento de que el *Logos* posee esta misma trascendencia.³

El *Logos* contemplado por testigos a través de la percepción sensorial

Otro paralelo entre ambas narrativas se encuentra en el hecho de que sus respectivos autores son testigos de la manifestación del *Logos* a través de los sentidos humanos. La frase utilizada por Juan en el Evangelio, «Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria...)» (Jn. 1:14), guarda un paralelo cercano al del autor de

la Epístola: «...lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos...y se nos manifestó)» (1 Jn. 1:1-2).

La diferencia entre las dos percepciones sensoriales del *Logos* es que el autor de la Epístola describe su testimonio como una experiencia percibida a través de múltiples sentidos; su experiencia a través del sentido del oído está asociada a lo que se ve con los ojos y se toca con las manos (1 Jn. 1:1). Con este contacto de primera mano a través de múltiples sentidos, queda claro para el autor que lo presenciado respecto a la Palabra de vida fue mucho más que un mensaje hablado o emocionalmente experimentado. Por su parte, el Evangelio limita el testimonio de primera mano al sentido de la vista al afirmar: «...vimos su gloria», pero amplía el testimonio con el complemento de una experiencia menos temporal, «...habitó entre nosotros» (Jn. 1:14).

En este contexto, J. Emmete Weir (1974-1976) señala que el *Logos* de la Epístola es real y vívido, que se puede oír, ver y tocar; se presenta con un carácter más inmanente que el presentado en el Evangelio. Según Weir, la Epístola proclama un mensaje que ha sido encarnado en una persona, la persona de Jesucristo, y deja en claro que el mensaje y la persona del *Logos*, en última instancia, no pueden separarse; uno expli-

3 En la traducción LXX, Habacuc pregunta: «¿Acaso tú no [eres], desde el principio (ἀπ’ ἀρχῆς), Señor Dios, el santo mío? ...» (Hab. 1:12). De manera similar, en esta versión de la Escritura, Miqueas escribe, «Y tú, Belén, casa de Efrata, pequeñísima eres tú para estar entre millares de Judá: de ti me saldrá, para que sea en príncipe de Israel; y sus salidas desde el principio (ἀπ’ ἀρχῆς), desde días de siglo» (Miq. 5:2).

ca al otro. Sin embargo, esto no es diferente al tema del cuarto Evangelio, que de la misma manera presenta el *Logos* y el mensaje como una sola entidad. En ambos escritos, el mensaje sobre Jesús está íntimamente relacionado con quién es Él, aunque con una variante en su énfasis. Es claro en ambos escritos que Cristo, eterno y trascendente, se ha vuelto palpablemente immanente.

Además de la forma similar de dar testimonio del *Logos* en ambos relatos a través de la percepción sensorial, los autores se describen a sí mismos como parte de un grupo más grande de testigos que contemplaron Su gloria (Jn. 1:14) y Su vida (1 Jn. 1:2). Aquí se puede observar una similitud más fuerte entre las dos narrativas en el hecho de que ambos autores utilizan la primera persona del plural para referirse al grupo de testigos que experimentaron Su revelación y manifestación.

En los primeros tres versículos iniciales, el autor de la Epístola emplea las palabras «nosotros», «nuestro» o «nos» once veces. Al utilizar estas formas plurales, él afirma que sus destinatarios pueden validar tal declaración porque fueron testigos juntamente con él al experimentar de primera mano las virtudes de la «Palabra de vida», percibida por sus sentidos. Esta declaración ofrece evidencia de que tales afirmaciones son verdaderas, argumentos que no serían validados si él hubiera estado solo o aislado

en su experiencia divina (Yarbrough, 2008, p. 33).

En la Primera Epístola de Juan, el autor utiliza la primera persona del singular y la primera persona del plural. Sin embargo, cuando él se refiere a sí mismo como el autor de la carta, utiliza la mayoría de las veces la forma singular (1 Jn. 2:1, 7, 8, 12, 13, 14, 21, 26; 4:20; 5:23), con una sola excepción: 1 Jn. 1:4. De esta forma, cuando él da testimonio de la vida eterna, siempre se incluye a sí mismo como uno más en un grupo de testigos usando la forma plural.

Del mismo modo, la descripción del Evangelio sobre el testimonio acerca de que el *Logos* se encarnó y sus implicaciones sobre contemplar Su gloria (Jn. 1:14) también se formulan en primera persona plural (Véase Kruse, 2000, p. 61). En ambos casos, los autores dan la idea de que fueron parte del círculo íntimo de Jesús durante su ministerio terrenal, que incluye su vida, muerte y resurrección (Yarbrough, 2008, p. 33). Como es mencionado, debido a este paralelismo, muchos eruditos concuerdan que es el mismo autor quien escribe ambos cuerpos de texto, y que además este sea el último que afirma la autoridad apostólica, que era validada al ser testigos directos de Cristo (Jones, 2009, p. 21). Por lo tanto, existe la posibilidad de que este autor fuera parte de los doce discípulos de Jesús, como tradicionalmente es aceptado.

Algunas afirmaciones similares sobre ser testigos oculares de la persona y la obra de Jesús se encuentran en otras epístolas del Nuevo Testamento, cuyos autores tradicionalmente se asocian al círculo más cercano de los discípulos de Jesús. Tal es el caso, por ejemplo, de Pedro, quien afirma en su segunda epístola: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad» (2 Pe. 1:16). A lo cual añade: «Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo» (2 Pe. 1:17–18). Es evidente que Pedro está dando testimonio de haber visto y oído a Jesús en Su manifestación en el Monte de la Transfiguración, en alusión a los relatos de los Evangelios (Mt. 17:1–8; Mr. 9:2–8; Lc. 9:28–36). Seguramente, el mismo acontecimiento está en la mente de los autores (o el autor) tanto del Evangelio como el de la Epístola, al afirmar que él junto con un grupo de testigos contemplaron Su gloria (Jn. 1:14; 1 Jn. 1:1–2).

En este contexto, otra conexión interesante entre los dos prólogos se encuentra en la representación anti-gnóstica, o al menos

anti-docética de Jesús.⁴ El término «gnosticismo» deriva de la palabra griega «conocimiento» (*gnosis*) y enseña que la salvación no se logra mediante una comunión mística con lo divino, sino mediante el conocimiento de secretos espirituales esotéricos (Köstenberger, 2009, p. 46). Andreas Köstenberger (p. 47) enumera tres elementos vitales para el mensaje del Evangelio que el pensamiento gnóstico niega: la encarnación de Jesús, la pecaminosidad humana y la necesidad de expiación.⁵ Al dar este testimonio que involucra una percepción sensorial de primera mano que corrobora la naturaleza física de Jesús, ambos prólogos indican que Jesús había sido completamente humano; Sus testigos pudieron verlo, escucharlo, palparlo, y Él habitó con ellos, asegurando que Jesús no era un espíritu ni un fantasma, sino carne (σάρξ) (Kenner, 1997, p. 737).

La comunión del Logos con el Padre

Otro paralelo teológico entre los dos prólogos es que el *Logos* en ambos relatos está en comunión con Dios (Jn. 1:1; 1 Jn. 1:2). En la Epístola, el autor en el verso dos reitera

4 La enseñanza gnóstica-ceritiana contemporánea afirma que Cristo era un ser espiritual puro que descendió sobre Jesús sólo por el bautismo. Véase Martin, R. P. y P. H., Davis H, 1997.

5 Puesto que se pensaba que el cuerpo era la prisión del alma, el espíritu puede escapar de él; por lo tanto, los gnósticos afirmaban que el cuerpo no tiene pecado.

lo que ya afirmó en el verso uno, que han visto la vida que procedía del *Logos*, y luego agrega que ésta «estaba con el Padre» (ἦτις ἦν πρὸς τὸν Πατέρα). Esta afirmación guarda un paralelo a la enseñanza que se encuentra en el prólogo del Evangelio, donde se describe al *Logos* como aquel que «estaba con Dios» (πρὸς τὸν Θεόν) (Kruse, 2000, p. 57). La preposición griega comúnmente utilizada por ambos autores es *pros* (πρὸς), que en ambos contextos significa estar en comunión con alguien no solo en términos de espacio, sino de relación. La diferencia más evidente entre ambos escritos es en relación con la terminología para referirse a Dios. Mientras que el Evangelio se refiere al *Logos* como si estuviera con (πρὸς) Dios, el *Logos* en la Epístola está con (πρὸς) el Padre. Sin embargo, la referencia en la Epístola a que Jesús estaba con el Padre está bien retratada en todo el Evangelio, en el que Jesús se refiere a Dios como su Padre más de cien veces, y aun en el prólogo del Evangelio indica que el *Logos* viene del seno del Padre.

La encarnación del *Logos*

Después del testimonio expuesto en la Epístola «tocante al Verbo de vida», el autor declara que la vida del Verbo «se manifestó» o «se dejó ver». La vida eterna, más que una cualidad impersonal de luz que proviene del Padre, se refiere al Verbo de vida anterior a la encarnación del Hijo en quien se encuen-

tra (1 Jn. 5:11-12).⁶ Mientras que el Evangelio afirma que el Verbo, que ha estado con Dios, se encarnó, 1 Juan 1:2 dice que la Vida que ha estado con el Padre fue revelada. Con esta afirmación de diferente terminología, los testigos oculares del Verbo de vida en la Epístola dan testimonio de la encarnación; la Palabra eterna de Vida que estaba con el Padre, Su Hijo Jesucristo, ha venido en carne (Jobes, 2013, p. 51). Así, el acto de manifestación de esta vida es la encarnación de Jesús. De manera similar, en el Evangelio, la encarnación del *Logos* es evidente en la manifestación de Jesús cuando el evangelista declara de una forma más directa que el

6 Además del prólogo de ambos escritos, existen paralelos significativos entre el cuarto Evangelio y la primera epístola de Juan. Por ejemplo, «vida» y «vida eterna» son términos intercambiables, no sólo en la Epístola sino también en el Evangelio al ser un tema central en ambas narrativas. Mientras que el Evangelio afirma que el propósito del libro es que «... creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn. 20:30-31). La Epístola afirma a su audiencia: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creáis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios» (1 Jn. 5:13). Otro tema paralelo que se encuentra en ambos prólogos es el propósito de la carta al ser portadora de gozo. El autor de la Epístola afirma que «Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (1 Jn. 1:4). Por su parte, el gozo también es un tema recurrente en el Evangelio, visto, por ejemplo, cuando Jesús habló a sus discípulos: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11; véase también 16:24; 17:12-13). Véase Akin (2001, p. 57).

«...Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...» (Jn. 1:14) (Véase Blomberg, 1997, p. 162). En ambas referencias al *Logos*, los autores enfatizan la preexistencia como realidad necesaria para la encarnación divina (McCready, 2005, p. 157).

El Logos como vida y luz

La vida y la luz, más que virtudes que describen al *Logos* en ambos prólogos, son Su esencia misma en función intrínseca de Su obra y naturaleza. Además, la luz, en ambos escritos, se utiliza como metáfora de Dios en alusión al relato de la creación en el libro del Génesis. Así como en Génesis, la luz sostiene la vida y representa la fuente de ella; de manera similar, en ambos prólogos, Dios en función del *Logos* es el sustentador de toda vida (Jobes, 2013, p. 63). En el versículo inicial de la Epístola, el *Logos* está estrechamente asociado con la vida, al definirse como el Verbo de vida. Más adelante en la Epístola, Dios es referido como luz, «...y no hay ningunas tinieblas en él» (1 Jn. 1:5). De esta forma, el autor de la Epístola identifica la vida existente del Verbo como la luz de los seres humanos y de toda la creación. Por su parte, el Evangelio enfatiza la actividad del *Logos* en todo lo que existe como la vida y la luz: «En él [*Logos*] estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella» (Jn. 1:4). Es notable que, en ambos escritos, la vida y la luz

prevalecen ante la muerte y la oscuridad, respectivamente.⁷

Más aún, el término usado en ambos escritos para «luz» (φῶς) se usa extensamente tanto de manera metafórica como literal en el Nuevo Testamento.⁸ Tanto en las cartas de Juan como en el cuarto Evangelio, se equipara a Dios con la luz descrita en el Antiguo Testamento (p. ej., Sal. 27:1; 36:9) y su actividad redentora. Esto es particularmente visto en el prólogo del Evangelio, en donde, en la descripción del Logos hecho carne, Él establece su tabernáculo (σκηνώω) y deja ver Su gloria (Jn. 1:14) al hacer alusión a la gloria de Dios que resplandecía en el tabernáculo en el desierto (Ex. 40:34) (Strecker,

7 Este dualismo de luz y oscuridad también es encontrado en la literatura judía del siglo primero, como es notable en los Rollos del Mar Muerto (1 QS 1:9-10; 3:13-4:26; 1 QM).

8 Kruse (2000) enumera algunos de los significados metafóricos acerca de la luz y la oscuridad en el Nuevo Testamento, que incluyen: 1) vida y muerte (Mt. 4:16; Lc. 1:79; Jn. 1:4); 2) la luz del testimonio (Mt. 5:14,16; Lc. 8:16; 11:33; Jn. 5:35; Hch. 13:47); 3) la luz de la revelación al mundo (Lc. 2:32; Jn. 1:7-8; 8:12; 9:5; 12:35-36, 46); 4) el bien y el mal comportamiento (Mt. 6:2-3; Lc. 11:35; Jn. 1:5; 1 Jn. 1:5-14; 2:8-11); 5) franqueza y secreto (Mt. 10:27; Lc. 12:3; 1 Cor. 4:5); 6) verdad y falsedad (Jn. 1:9; 8:12; 2 Cor. 2:11:14); 7) el reino de Dios y el reino del diablo (Lc. 16:8; Hch. 26:18, 23; Ef. 6:12; Col. 1:12-13; 1 Tes. 5:4-5; 1 Pe. 2:17); 8) las tinieblas del castigo eterno (Mt. 8:12; 22:13; 25:30; Jud. 13); y 9) la luz de la gloria de Dios (1 Tim. 6:16; Ap. 21:23-24; 22:5).

1996, pp. 23-26).⁹ Este lenguaje metafórico de Jesús como la luz no sólo se observa en el prólogo del Evangelio, sino también, por ejemplo, como referencia personal directa de Jesús hacia Él mismo, al decir: «Yo soy la luz» (Jn. 8:12) al referirse a Su obra redentora, en contraste con las tinieblas.

Conclusión

La descripción del *Logos* y Su obra es el paralelo más cercano entre el Evangelio y la Epístola, no sólo en sus prólogos, sino en ambos escritos por completo. Los puntos en común presentes en ambos escritos nos llevan a la exégesis de la concepción de uno a la luz del otro Jones, 2009, p. 17). Más aún, en ambos escritos es necesaria una exégesis cuidadosa de sus prólogos para una comprensión adecuada de todo el texto.

De forma notoria, cada arista conceptual presentada en ambos prólogos, en cuanto a la función y persona del *Logos*, está en conexión con otras para describir Su obra de redención. Dicho de manera sucinta, si el *Logos* no existió «en/desde el principio», no podría haber preexistido en comunión con el Padre; si Él no fue el *Logos* preexistente, no sería posible encarnar como el Verbo; si Él no se encarnó, tampoco se manifestó visiblemente en gloria y luz; si Él no se manifestó en carne, sería imposible que sus testigos lo vieran, lo oyeran y lo tocaran. Finalmente, si todo lo anterior no fuera de ese modo, no habría mensaje que proclamar, ni habría revelación de Dios. Así, en ambos prólogos, el *Logos* desempeña el papel tanto de persona como de mensaje, siendo esta la afinidad más fuerte tanto de la primera Epístola de Juan como del cuarto Evangelio.

9 En los Rollos del Mar Muerto también se contrastan los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Por ejemplo: 1QS 1:9-10.

Referencias

- Akin, D. L. (2001). *1, 2, 3 John. The New American Commentary: An Exegetical and Theological Exposition of Holy Scripture*. Broadman & Holman Publishers.
- Blomberg, C. L. (1997). *Jesus and the Gospels*. Broadman & Holman Publishers.
- Bauckham, R. (2007). *The Testimony of the Beloved Disciple: Narrative, History, and Theology in the Gospel of John*. Baker Academic.
- Brown, R. E. (1982). *The Epistles of John AB 30*. Doubleday.
- Bultmann, R. (1971). *The Gospel of John: A Commentary*. Translated by G. R. Beasley-Murray, R. W. N. Hoare, and J. K. Riches. Westminster.
- Burge, G. M. (1996). *Letters of John. The NIV Application Commentary*. Zondervan.
- Gonzalez, J. L. (2005). *Essential Theological Terms*. Westminster John Knox Press.
- Green, J. B., S. McKnight, I. H. Marshall. (1992). "Logos." *Dictionary of Jesus and the Gospels*. InterVarsity Press.
- Jobes, K. H. (2013). *1, 2, & 3 John, Exegetical Commentary on the New Testament*. Zondervan.
- Jones, P. R. (2009). *1, 2, & 3 John. Smyth & Helwys Bible Commentary*. Smyth & Helwys Publishing.
- Keener, C. S. (2003). *The Gospel of John: A Commentary, vol. 1*. Baker Academic.
- Kenner, C. S. (1997). *The IVP Background Commentary: New Testament*. IVP Academic.
- Klink, E. W. (2016). *John. Exegetical Commentary on the New Testament*. Zondervan.
- Köstenberger, A. (2009). *A Theology of John's Gospel and Letters: The Word, the Christ, the Son of God*. Biblical Theology of the New Testament Series. Zondervan.
- Kruse, C. G. (2000). *The Letters of John. The Pillar New Testament Commentary*. Eerdmans.
- Martin, R. P. y P. H. Davis (eds). (1997). "Logos," *Dictionary of the Later New Testament and Its Developments*. IVP Academic.
- Lieu, J. M. (1991). *The Theology of the Johannine Epistles*. Cambridge University Press.
- Marshall, I. H. (1978). *The Epistles of John. New Testament International Commentary on the New Testament*. Eerdmans.
- McCready, D. (2005). *He Came Down from Heaven: The Preexistence of Christ and the Christian Faith*. IVP Academic.
- Morris, L. (1995). *The Gospel According to John*. Baker Academic.
- Schuchard, B. G. (2012). *1-3 John. Concordia Commentary: A Theological Exposition of Sacred Scripture*. Concordia Publishing House.
- Smith, M. D. (1976). *John. Proclamation Commentaries: The New Testament Witnesses for Preaching*. Edited by Gerhard Krodel. Fortress Press.
- Smith, M. D. (1991). *First, Second, and Third John. Interpretation: A Bible Commentary for Teaching and Preaching*. John Knox Press.

Strauss, M. L. (2007). *Four Portraits, One Jesus: A Survey of Jesus and the Gospels*. Zondervan.

Streeter, G. y H. W. Attridge. (1996). *The Johannine Letters. Hermeneia: A Critical and Historical Commentary on the Bible*. Augsburg Fortress Pub.

Weir, J. E. (1975). "The Identity of the *Logos* in the First Epistle of John." En *Expository Times* 86, pp. 118-20.

Yarbrough, R. H. (2008). *1-3 John*. Baker Exegetical Commentary on the New Testament. Baker Academic.

